

tal. Padecía una ronquera crónica. Tenía una manera desagradable de hacer chascar la lengua. Su bigote canoso, de pelos largos, colgábale á uno y otro lado de boca. Odiaba á los reyes y á los curas. El estado de la política, le entristecía. Silbaba constantemente el aire de María da Ponte. En sus palabras y en sus gestos, se adivinaba al patriota descontento.

El organillero, se quitó el sombrero. Sin dejar de tocar, lo alzaba hacia los balcones con el ademán suplicante del necesitado, dejando descubierto el cabello que se le pegaba á la frente con el sudor. Las señoritas de Acevedo, cerraron entonces su ventana. La carbonera, le dió algunas monedas de cobre, haciéndole además algunas preguntas. Quería saber de dónde era, por qué calles había venido, cuántos números de música tenía el organillo.

Las gentes, ataviadas con las galas domingueras, comenzaron á pasar. Traían del largo paseo una actitud de supremo cansancio y los zapatos llenos de polvo. Familias numerosas, con sus niños vestidos de colorines, entraban lentamente. Las mujeres del pueblo, volvían de las afueras con los chiquillos al hombro, dormidos por el calor y el cansancio. Grupos de obreros cogidos del brazo, vestidos de blusa, con pantalones blancos almidonados, hablaban y bromeaban alto conforme andaban. En los balcones, oíanse descomunales bostezos.

El cielo había adquirido ese limpio color azul de las porcelanas antiguas. Una campana doblaba á lo lejos como final de función religiosa. El domingo acababa sosegadamente, calmoso y triste.

—¡Luisa!—dijo Jorge de pronto.

Ella se volvió, respondiendo maquinalmente.

—¿Qué ocurre?

—Vamos á cenar, querida. Son las siete.

Dentro de la habitación la cogió por la cintura diciéndola con voz queda, tiernísima:

—¿Te enfadaste?

Ella respondió humildemente:

—No. Tenías razón. Lo confieso.

—¡Ah!—dijo él con el acento que emplea quien ha vencido y se siente orgulloso de su triunfo.

Después con ternura grave, añadió:

—Sí, querida mía, nuestra casa es una casa honrada y es un dolor ver entrar aquí á esa mujer oliendo á esencias, al cigarro, y á todo lo demás...

Ma, di questo non ne parlaremo piú, o donna mia!

¡A la mesal

Los domingos por la noche reuníanse en casa de Jorge una tertulia compuesta de amigos íntimos que conversaban en torno de la lámpara de porcelana color rosa. El ingeniero, como se le llamaba en la calle, hacía una vida muy retirada, y sólo recibía contadas visitas. Se hablaba y se tomaba té. Luisa hacía crochet, Jorge fumaba en su pipa. Tenía aquello el aspecto un poco estudiantil.

El primero en llegar era Julián Zuzarte, un pariente lejano de Jorge y antiguo condiscípulo suyo en los primeros años de la Escuela politécnica. Era un hombre seco y nervioso, con quevedos azules y el cabello tan largo, que le caía sobre los hombros. Estudiaba medicina. Era muy inteligente y aplicado, pero como él mismo decía, estaba un poco guillado. A los treinta años, pobre, con deudas, sin clientela, empezó a desesperarse de su cuarto piso en uno de los barrios bajos, de sus comidas a dos pesetas, de su gabán con flecos en las mangas. Encerrado en aquel vivir mezquino como en una cárcel, veía a los demás, a las nulidades y a las medianías, escalar todos los puestos, hacer su negocio y vivir en grande. Falta de suerte, solía decir. Hubiera podido aceptar una plaza de médico en

algún pueblo remoto, y tener su casa y su jardín; pero se rebelaba su orgullo, y confiado en su talento y en su ciencia, no quería ir a encerrarlos en un lugarejo triste con sus tres calles honradas por los cerdos. La sola idea de esta vida le aterraba. Veíase allá abajo olvidado, embrutecido, jugando al tute en la botica, muriéndose de tedio. Por eso se rebelaba a salir de Lisboa. Esperaba con la tenacidad del plebeyo ambicioso una cátedra en la Universidad, una clientela numerosa y rica; un coche para visitarla y una mujer rubia con buen dote. Creíase con derecho a estos favores de la fortuna, y como tardaban en llegar, se amargó su carácter. Cobró odio a la vida. Se prolongaban más cada día sus silencios hostiles, durante los cuales se roía las uñas. En sus mejores días, no cesaba de tener frases secas, ágricas; entonces su voz desagradable caía como un gotear helado.

A Luisa no le era simpático; hallábale muy poco divertido, aborrecía su tono doctoral los reflejos oscuros de sus quevedos y los elásticos deshilachados de sus botas, puestos al descubierto por los pantalones demasiado cortos. Sin embargo, sabía ocultar su antipatía, y le ponía buen semblante por complacer a Jorge, que solía decir hablando de Julián:

—Es un gran talento. ¡Es un hombre superior!

Como llegaba temprano, pasaba al comedor, donde tomaba una taza de café: miraba de soslayo, amargamente, la plata que lucía en el aparador y las frescas toalés de Luisa.

A Julián, la suerte de aquel pariente que era una medianía, y que sin embargo podía vivir sin apuros, con el estómago lleno y estimulado en el Ministerio, le parecía una injusticia y casi una humillación que se le hacía, pues aparentaba estimarle!

Acudía á su tertulia todos los domingos; entonces ocultaba sus preocupaciones y procuraba mostrarse decidior, pasando á cada momento los dedos por entre sus largos cabellos secos y llenos de caspa.

A las nueve, invariablemente, hacía su aparición en la tertulia doña Felicidad de Noroña. Entraba con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos. Tenía cincuenta años: era una señora ajamonada y amable: como su dolencia del estómago no le permitía usar corsé, resultaba que sus fofas mantecas rebosaban por todas partes. Brillaban algunas canas en sus cabellos ligeramente rizados, pero la cara pulida y redonda, tenía la blancura lúcida de un rostro monjil. Los párpados con bolsa, casi ocultaban sus pupilas negras y húmedas. En los rincones de la boca se perfilaban levemente algunos pelos como trazos de una pluma muy fina. Había sido la amiga íntima de la madre de Luisa, y le quedaba desde entonces, la costumbre de ir á ver á la pequeña todos los domingos. Perteneía á una familia antigua: los Noroñas de Redondela. Estaba bien relacionada en Lisboa, y oía todos los días dos misas en la Encarnación.

Apenas entró, estampó un sonoro beso en cada mejilla de Luisa, y le preguntó en voz baja y ansiosa:

—¿Sabes si vendrá?

—¿El Consejero? Sí, señora.

Luisa sabía de quien se trataba. Porque el Consejera, el señor Consejero (Acacio, no asistía nunca á los tes de doña Luisa, como él decía, sin haber ido la víspera al Ministerio de Obras públicas para ver á Jorge, y anunciárselo solemnemente, encorvando un poco su prócer estatura:

—Amigo Jorge, mañana tendré el honor de ir á pedir una taza de te, á su encantadora esposa.

Ordinariamente añadía:

—¿Adelantan los trabajos de usted? Me alegro. Usted será útil á su patria. Si ve usted al Ministro, preséntele usted mis respetos. Ese hombre es el primer talento de Portugal.

Y salía, cruzando con grave y sonoro andar los corredores del Ministerio, llenos de polvo y de colillas.

Cinco años hacía que doña Felicidad estaba enamorada del Consejero. En casa de Jorge se burlaban un poco de aquella llama, que la jamona alimentaba en su pecho. Veían á la buena señora colorada, con los carrillos reventando, y no sabían que aquel amor postrero, irritado semanalmente, ardiendo en silencio, la iba devorando como una enfermedad, y desmoralizando como un vicio. Todos los amores de doña Felicidad habían sido despreciados. Primero quiso á un oficial de lanceros de quien conservaba el retrato. Después, se enamoró de pronto y en secreto, de un mozo panadero vecino suyo, al cual tuvo el dolor de ver casado. Entonces dedicóse por entero á un perrito, *Bilro*. Una criada despedida, se vengó dando morcilla al animalito. *Bilro* estiró la pata: pero aun reinaba relleno de paja en el comedor. El amor por el Consejero había llegado de repente, un día cualquiera, y puesto fuego á todos aquellos deseos sobrepuestos como combustibles antiguos. El señor Acacio fué su locura. Doña Felicidad admiraba su porte, su palabra, su seriedad. Ante su elocuencia, abría asombrada los ojos. El Consejero era su ambición y su vicio. Había sobretudo en él una belleza cuya larga contemplación la trastornaba como un vino fuerte: era la calva. Siempre había tenido el gusto perverso, tan frecuente sin embargo en las mujeres, por los hombres calvos, y aquel apetito nunca satisfecho, con los años, hiciéran-

se voraz. Cuando doña Felicidad contemplaba la calva del Consejero, extensa, redonda y pulida, que brillaba bajo la luz de la lámpara, un sudor ansioso humedecía su espalda, y sus ojos brillaban con una voluntad absurda, con la avidez de llevar á ella sus manos y palparla y sobarla. Pero se contenía, y para disimular, hablaba en voz alta, con sonrisa forzada, abanicándose de prisa y tragando saliva. Devuelta en su casa, rezaba largos rosarios y se imponía duras penitencias, pero concluidas las oraciones y cumplidas las penitencias, aquella locura renacía más briosa.

La pobre señora no podía luchar entre las melancolías que su histerismo le ocasionaba, y las pesadillas lascivas que sus sueños le ofrecían. La indiferencia del Consejero la desconsolaba: ni una mirada, ni una sonrisa, nada que pudiese mostrar que su amor era compartido. Nada más que una reserva solemne y cortés. Varias veces se habían hallado juntos en el hueco de una ventana ó sentados en el sofá, pero apenas doña Felicidad dejaba escapar un suspiro, el Consejero se apartaba severo y pudibundo. Un día la buena señora creyó advertir que tras los cristales de las gafas, los ojos del Consejero asataban una mirada de soslayo sobre la abundancia de su seno. Entonces doña Felicidad tuvo valor para decirle suspirando:

—¡Acaciel

Pero el Consejero le interrumpió con un ademán frío, y murmuró levantándose:

—Señora... Todo es inútil, señora.

El martirio de doña Felicidad fué desde entonces más disimulado y más profundo. Los tertulios de Jorge sabían sus desgraciados amores, pero no podían adivinar sus tormentos. Un día Luisa quedó estupefacta cuando doña Felicidad oprimiéndole la

mano, murmuró á su oído, en tanto devoraba al Consejero con los ojos:

—¡Qué encanto de hombre!

Aquella noche se hablaba del Alentejo, de Evora y su riqueza, de la Capilla de los Huesos, cuando entró el Consejero con su paletot bajo el brazo. Fué á dejarle sobre una silla, doblado cuidadosamente, y con su andar solemne y oficial, acercóse á Luisa estrechándole ambas manos, al mismo tiempo que le decía con su sonora y engolada voz.

—Usted siempre tan buena, señora. Ya me lo dijo Jorge. Me alegro, me alegro infinito.

El Consejero era alto, flaco, vestido todo de negro, agarrotado por el cuello de la camisa, siempre rígido y lustroso. El rostro largo y enjuto ensanchábase hacia la frente calva, blanca y luciente. Tenía la debilidad de teñirse el escaso cabello que de una oreja á otra, trazábale un cerquillo por detrás de la nuca. Pero no se teñía el bigote entrecano y con largas guías, que colgaban un poco lacias. Era muy pálido y jamás descabalgaba de su nariz las gafas oscuras.

Había sido Director General en el Ministerio de la Gobernación, y siempre que decía—el Rey—se inclinaba un poco en la silla. Todos sus gestos eran mesurados. Aun para tomar rapé sabía ser solemne. Jamás usaba frases triviales. No decía *vomit* sino *devolver*, haciendo al mismo tiempo un gesto indicativo. Hablando de las celebridades portuguesas solía exclamar: nuestro Garret, nuestro Herculano. Citaba mucho, no tenía familia y vivía solo en un tercer piso de la calle del Ferregial, amancebado con su ama de gobierno y entretenido en áridos estudios de Economía Política. Había escrito los *Principios generadores de la ciencia de la riqueza, y su distribución, según los mejores autores*, con

34557

este aditamento: *Lectura para las veladas*. Hacia apenas algunos meses que había publicado la *Historia de todos los ministros de Estado, desde el ilustre marqués de Pombal hasta nuestros días, con datos cuidadosamente recogidos de su nacimiento y muerte*.

—¿Ha estado usted en el Alentejo, Consejero?— preguntó Luisa.

El Consejero respondió inclinándose.

—Nunca, señora, nunca. Y lo siento, porque dicen que sus curiosidades son de primer orden.

Tomó delicadamente un polvo de su tabaquera dorada, y añadió con gravedad:

—La principal riqueza de ese país es el ganado de cerda.

Julián interrumpió desde el rincón en que estaba sentado:

—Jorge, averigua lo que gana al año el médico titular de Evora.

El Consejero, siempre bien informado, acudió á satisfacer esta curiosidad con el polvo de rapé entre los dedos.

—Debe ganar seiscientos mil reis, señor Zuzarte. Tengo eso en mis notas. ¿Se puede saber por qué esa pregunta? ¿Acaso quiere usted abandonar Lisboa?

—Tal vez.

Todos desaprobaron aquel proyecto.

—¡Ah! Lisboa siempre es Lisboa.—Suspiró doña Felicidad.

—Ciudad de mármol y de granito según la frase de nuestro inmortal historiador.—Dijo con énfasis el Consejero; y aspiró el polvo de rapé con los dedos flacos y bien cuidados, abiertos en forma de abanico.

Entonces dijo doña Felicidad:

—Quién no cambia Lisboa ni por el cielo, es el Consejero.

El Consejero volviéndose lentamente, inclinándose un poco, replicó:

—Nací en Lisboa, doña Felicidad. Soy lisbonense de corazón.

—El Consejero,—recordó Jorge,—nació en la calle de San José.

—Efectivamente, en el número 75. La casa inmediata á la que vivió el pobre Gerardo, hasta su matrimonio.

Este pobre Gerardo había sido el padre de Jorge, y Acacio fuera su amigo íntimo. Eran vecinos, y como Gerardo tocaba la flauta y Acacio el violín, formaban duos, y pertenecían á la sociedad filarmónica de la calle de San José. Más tarde, cuando Acacio entró en las oficinas del ministerio, abandonó, tanto por escrúpulo, como por dignidad, el violín y las emociones tiernas y alegres de las veladas filarmónicas. Se anegó en la estadística; pero fué fiel á Gerardo y continuó sobre Jorge esta amistad vigilante; fué su testigo de boda, le iba á ver todos los domingos, y el día de su santo le enviaba puntualmente una tarjeta y una anguila de mazapán.

—Aquí nací,—repitió desdoblado su pañueio de Indias,—y aquí he de morir.

Después se sonó discretamente.

—No hay que pensar en eso, Consejero.

—Querido Jorge, no me asusta la muerte. Hace tiempo hice construir, sin la menor preocupación, allá, en el cementerio de San Juan, mi última morada. Modesta, pero decente. Está á la entrada, en sitio abrigado, al lado de una tumba lujosa, que ustedes recordarán. Un mausóleo de mármol blanco...

—¿Ha compuesto usted su epitafio, señor Consejero?—preguntó Zuzarte, con ironía.

—No, señor Zuzarte. No quiero elogios sobre mi tumba. Si mis conciudadanos, ó mis amigos, creen

que he contraído algunos méritos que merezca un recuerdo; tienen otros medios para conmemorarlos: una biografía, un artículo necrológico, y aun la misma poesía. Por mi parte, únicamente deseo sobre la losa que me cubra, mi título de Consejero, mi nombre con letras negras, y la fecha de mi nacimiento y la de mi muerte.

Después, con tono lento y reflexivo, añadió:

—No me opongo tampoco a que debajo se grave un *Rogad por él* en letras más pequeñas. Todos callaron conmovidos.

Transcurrió un instante y la puerta se abrió. Una voz aguda dijo:

—¿Se puede?

—¡Ah! Ernestillo, pasa...—exclamó Jorge.

Ernestillo atravesó la sala con paso rápido, y fué a abrazar a Jorge.

—He oído que te marchabas, primo... ¿Y la prima, qué tal?

Era pariente de Jorge. Delgaducho, pequeño y de miembros frágiles, parecía más bien un colegial que un hombre. El bigote ralo, untado de cosmético, se levantaba en guías puntiagudas como agujas. Tenía el rostro chupado y con ojeras, en cuyo fondo brillaban las pupilas con enfermizo fulgor. Calzaba zapatos de charol con anchos lazos de seda. Sobre su chaleco blanco la cadena del reloj sostenía un pesado guardapelo de oro con flores y frutas grabadas en relieve. Vivía con una actriz del *Gimnasio*, una muchacha color de melón, con aire anémico y cabellos muy rizados. Ernestillo escribía para el teatro. Guardaba en cartera algunos dramas traducidos del francés, dos piezas originales y una comedia de entredo. Últimamente andaba preocupado con los ensayos de un drama en cinco actos que tenía en variedades: «Honra y pasión».

Su fuerte era el género romántico. Desde que ensayaba, andaba muy atareado, con los bolsillos llenos de manuscritos y siempre acompañado de cómicos, apuntadores y traspuntes. Pagaba copas y cafés. Andaba jadeante, con el sombrero apabullado y diciendo a cuantos tropezaba: «Esta vida me mata». Escribía por pasión y amor al Arte, pues a más de ser rico por su casa, tenía un buen destino en Aduanas. Era el primero en confesar que este amor al Arte le costaba un dineral. Para el acto del baile, en su drama «Honra y pasión» había mandado hacer a su costa botas de charol para el galán, botas de charol para el barba.

Se le hizo sitio; Luisa, al colocar su bordado sobre la mesa para retirar la silla, observó que venía pálido y con la cara muy abatida.

Ernestillo se lamentó de sus trabajos. Los ensayos le traían mareado. Todos los días tenía que sostener una disputa con el empresario, que no quería pintar decorado. La víspera había tenido que rehacer, casi por entero, el final de un acto.

—Y todo—añadió muy irritado—, porque ese animal, ese bruto, quiere que pase en una sala el acto que yo colocaba en un abismo.

—¿En un qué?...—preguntó sorprendida doña Felicidad.

El Consejero, muy cortés, le hizo una luminosa explicación.

—En un abismo, doña Felicidad, en un precipicio. Puede decirse en un vórtice.

Y acto seguido, un verso:

En espumoso vórtice se arroja

—Pero, ¿por qué en un abismo?—preguntaron Jorge y Luisa.

El Consejero pidió noticias del *argumento* de la obra.

Ernestillo, radiante, contó detenidamente el enredo de su obra.

Se trataba de una mujer casada que tropezó en Cintra con un hombre fatal, el conde de Monte-Redondo. El marido habíase arruinado en el juego y debía un ciento de *contos de reis*. Estaba deshonrado; iba á ser preso. Su mujer, desesperada, corre á un viejo castillo que habita el conde, deja caer el velo y le cuenta toda la catástrofe.

El conde se pone su capa y llega en el momento en que los alguaciles ponen mano sobre el culpable. Seguía una escena conmovedora á la luz de la luna. El conde se desemboza, arroja una bolsa llena de oro á los pies de los alguaciles, y les grita: "¡Saciaos, buitres!",

—¡Bello final! — exclama el Consejero.

—Para terminar: la escena se complica. El conde de Monte-Redondo y la mujer se aman: el marido lo descubre, arroja todo el oro á los pies del conde y mata á su esposa.

—¿Cómo?—preguntaron los tertulios.

—La arroja al abismo en el quinto acto. El conde que lo ve, acude á defenderla y cae también. El marido suelta una infernal carcajada y se cruza de brazos... ¡Así había arreglado yo las cosas!

Se detuvo jadeante, y abanicándose con su pañuelo, miró en torno con sus ojos lánguidos y plateados como los de un pez muerto.

—Es una obra fundida en buen troquel. Las grandes pasiones se combaten,—dijo el Consejero acariciándose la calva,—mi enhorabuena, señor de Ledesma.

—¿Pero qué demonios quiere ese director?—preguntó Julián que había escuchado silencioso y aten-

to.—¿Quiere poner el abismo en un primer piso amueblado por Garde?

Ernestillo se volvió muy deferente.

—No, señor Zuzarte. Quiere que el desenlace sea en un salón. De modo que,—agregó con resignación,—he tenido que escribir todo un quinto acto para ser complaciente. He pasado toda la noche en claro, escribiendo y tomando café.

—Mucho cuidado, señor Ledesma, mucho cuidado,—dijo el Consejero extendiendo las manos.—Es preciso gran prudencia con los excitantes.

—No me hace daño, señor Consejero. He rehecho el final en tres horas. Se lo acabo de leer al empresario. ¡Encima le traigo!

—Léalo usted, Ernesto, léalo usted,—dijo doña Felicidad.

—Sí, léalo usted,—exclamaron todos.

—Es un borrador... temo aburrir y molestar á ustedes,—dijo Ernesto, á quien el gozo le rebosaba por todas partes,—en fin, ya que ustedes lo quieren...

Y en medio de un respetuoso silencio, desdobló el manuscrito, un rollo de papel azul rayado.

—Reclamo indulgencia antes de empezar, en atención á que esto sólo es un borrador.

Y leyó con voz teatral:

—“*Agata*. Esta es la mujer y estamos ya en la escena en que el marido está enterado de todo.

AGATA (cayendo de rodillas á los pies de Julio)

—¡Mátame, mátame por compasión! ¡Antes la muerte que sentir estallar el corazón fibra á fibra al golpe de tus desprecios!

JULIO

—¿No me has arrancado tú el mío? ¿Tuviste pie-

dad de mí? ¿No me le has roto en pedazos? Dios mío, yo que la creía pura cuando más feliz...

Una de las cortinas del salón se movió; oyóse el tintinar suave de las tazas unas contra otras, y Juliana entró vestida de delantal blanco, trayendo el te.

—¡Qué fastidio!—murmuró Luisa.—Después del te seguiremos ¿eh?

—No vale la pena, primita,—replicó Ernesto, cerrando el cuaderno y arrojando una furibunda mirada á Juliana.

—¿Cómo es eso? ¡Si es precioso, divino!—dijo doña Felicidad.

Juliana puso sobre la mesa el plato de mantecadas, los bombones de coco, los bizcochos de Oiro...

—Señor Consejero,—dijo Luisa.—Aquí tiene usted su te, como á usted le gusta, un poco claro. Sírvase usted, Julián. Dele usted mantecadas á Julián.

Y con la manga un poco alzada y al descubierto el blanquísimo y ebúrneo brazo, sostenía en la mano la cucharilla del azúcar.

—¿Quién quiere un poco de azúcar? Señor Consejero, una mantecadita...

—Querida señora, mil gracias,—respondió inclinándose;—ya me he servido.

Y declaró, volviéndose á Ernestillo, que encontraba espléndido el estilo de su obra.

—Pero, ¿qué exige ahora el director?—preguntaron á derecha é izquierda.

Ernestillo, de pie, animado, con un bombón en la punta de los dedos, dijo:

—Quiere que el marido perdone.

Movimiento de asombro.

—¡Qué extravagancia! ¡Qué ideal! ¿Por qué? ¡Vaya un caso curioso!—dijeron por todas partes.

—¡Qué quieren ustedes!—dijo Ernesto encogiéndose de hombros.—Dice que al público no le gustan esos desenlaces... Que aquí no encajan...

—En honor de la verdad, señor Ledesma,—dijo el Consejero,—nuestro público no está hecho á escenas sangrientas.

—Es verdad,—apoyó doña Felicidad.

—Pero, señor Consejero,—respondió Ernesto, levantándose sobre la punta de los pies;—en mi obra no hay sangre, ni una gota: un tiro por la espalda.

En aquel momento llamó Luisa la atención de doña Felicidad con un *pst*, y la dijo aparte, sonriendo:

—Tome usted de estos bombones de huevo. Son muy frescos.

—Hija mía, imposible,—respondió con lastimera voz, señalando el estómago.

Entre tanto, el Consejero aconsejaba á Ernestillo que fuese clemente: con las manos á la espalda, le decía, tratando de persuadirle:

—Esto da más alegría á la obra, señor Ledesma. El espectador sale más divertido.

—Señor Consejero,—dijo Luisa,—¿quiere usted un pastelito?...

—He concluido, querida señora... Veamos, Jorge; ¿no es usted de mi opinión?

—Yo, señor Consejero,—respondió Jorge metiéndose las manos en los bolsillos;—Yo, de ninguna manera; decididamente estoy por la muerte.

—¡Ah! ¡Entonces!...

—Estoy por la muerte,—repetía con viveza,—y exijo que la mates,—añadió volviéndose á Ernesto.

Toda ansiosa acudió doña Felicidad.

—Señor Ledesma, déjele usted decir. Se burla. ¡El

Primo Basilio—4

que es un corazón de ángel!—añadió volviéndose á los demás, con la sonrisa en los labios.

—Doña Felicidad, se engaña usted,—dijo Jorge, de pie ante ella.—Hablo en serio; soy una fiera.

Todos se rieron.

—Si engañó á su marido,—continuó severamente,—estoy porque la mates. En el salón, en el abismo, en la calle: no importa dónde, pero que la maten. ¿Debo consentir que, en semejante caso, un miembro de mi familia, un primo mío se deje llevar de la clemencia como un tonto? ¡No!

Y encarándose con Ernestillo:

—¡Mátala! Es una máxima de familia. ¡Mátala lo antes posible!

—Aquí hay lápiz,—dijo Julián, presentando uno.

—No, no puedo creer que hable en serio nuestro Jorge—dijo el Consejero gravemente.—Es demasiado instruido para tener ideas tan... tan...

No encontró el adjetivo. Julián le presentó un pabillo; un mono que se agachaba bajo un quitasol erizado de mondadientes. Tomó uno y siguió:

—Tan... tan anticivilizadoras.

—Pues se engaña usted, señor Consejero,—afirmó Jorge.—Tengo esas ideas que son mías propias: bien entendido que, si como se trata de una comedia, se tratara de la vida real y Ernesto viniera á decirme: "He hallado á mi mujer..."

—¡Oh, Jorge!—dijeron alrededor, en son de reproche.

—Pues si viniera á decirme eso, le contestaría lo mismo. Os doy mi palabra de honor,—añadió con enérgico ademán,—que le diría: "mátala..."

Todos protestaron. Se le llamó Oteló, tigre, Barba Azul. Jorge no respondió; sonreía tranquilamente.

Luisa bordaba en silencio. La luz de la lámpara,

debilitada por la pantalla, daba á su cabello un tinte dorado mate y resbalaba por su piel blanca, como por el mármol de una estatua.

—¿Y tú?—preguntó doña Felicidad;—¿qué dices de esto?

Luisa levantó su lindo rostro, sonrió y se encogió de hombros.

—La señora doña Luisa,—arguyó el Consejero,—dirá con orgullo lo que dicen las verdaderas madres de familia: "Las impurezas del mundo no salpican ni á los bordes de mi túnica..."

—Buenas noches en general,—murmuró en la puerta una voz de bajo profundo.

—¡Sebastián!—exclamaron todos los convidados, volviéndose.—¡Don Sebastián! ¡El gran Sebastián! ¡Sebastián, tronco de árbol! El íntimo, el camarada, el inseparable de Jorge desde el aula de latín en casa del hermano Liborio de los Paulistas.

Era un coloso, todo de una pieza, completamente vestido de negro y con su sombrero blando, de alas anchas, que conservaba en la mano. La frente indicaba un principio de calvicie; sus cabellos castaños, muy suaves, estaban despeinados y flotaban como si fueran á volar.

Fué á sentarse junto á Luisa, y como le preguntaron que de dónde venía, dijo que del Circo de Price: se había reído mucho con los clowns que habían hecho la pantomima del tonel.

Su cara, á plena luz, mostraba ser redonda, gruesa y colorada: los ojos un poco pequeños, de un azul claro, eran muy dulces, sobre todo cuando reía: los labios rojos y sanos; los dientes brillantes, revelaban una vida sosegada y aficiones castas. Hablando del circo de Price, recordaba las antiguas pantomimas del Salitre, las vejigas clásicas que estallaban con ruido cuando el payaso se dejaba caer sobre

ellas. Su palabra era tardía, un tanto medrosa, como si temiese adelantar una opinión ó fatigarse. Se le trajo te, y con los ojos aun llenos de sonrisas, removía el azúcar con la cucharilla.

—Pero qué cosa tan bonita y divertida es la pantomima del tonel. ¿Te vas mañana, Jorge?—añadió después de un rato de silencio.

—Decididamente.

—¡De buena gana iría contigo!

Aquel viaje al campo le causaba envidia, ¡pero estaban los caminos tan malos!... Por otra parte, no podía quedar la casa al cuidado de criados...

—Sebastián,—dijo Jorge;—haz el favor de oír una palabra.

Entró en el despacho seguido de Sebastián con su paso pesado, su espalda encorvada y con los faldones de la levita golpeándole las piernas, levita que parecía cortada de un manteo de cura.

—¿De modo que te vas mañana á las siete?—preguntó Sebastián una vez solos.

—Es preciso.

El despacho en que estaban era una pieza pequeña con una larga estantería resguardada con vidrieras; sobre ella había una bacante furiosa, cubierta de polvo. La mesa, sobre la que se veía un viejo tintero, herencia del abuelo, estaba delante de la ventana; una colección del *Diario oficial* apilada en un rincón. Pendiente de la pared, sobre la butaca de *manoquín*, un cuadro negro, retrato de Jorge y sobre el cuadro dos espadas en forma de aspa. En el fondo, la puerta con portier de reps rojo, daba al pasillo de la escalera.

—¿Sabes quién ha venido esta mañana?—dijo Jorge llenando su pipa.—Pues esa descarada de Leopoldina... ¿Qué te parece, eh?

—¿Y entró? ¿Ha entrado?—preguntó Sebastián en voz baja.

—Entró, se sentó y ha estado de visita todo el tiempo que le pareció bien.

Encendió el fósforo y añadió violentamente:

—¡Cuando pienso que esa desvergonzada ha estado en mi casa! Una mujer que tiene más amantes que camisas. Que este año en los bailes de Carnaval anduvo con todo el mundo. ¡La mujer del Zagalón, ese granuja que ha falsificado una letra!

Y casi al oído de Sebastián añadió:

—Una mujer que ha dormido con Mendoza. ¿Tú recuerdas á Mendoza? Aquel seboso de los callos.

Tuvo un gesto furioso y exclamó:

—Pues esa mujer viene á mi casa, abraza á Luisa respira mi aire. Palabra de honor, Sebastián, si un día la tropiezo, la hago rodar las escaleras.

Sebastián murmuró lentamente:

—Todavía es peor que los vecinos la hayan visto entrar.

—Naturalmente; todo el mundo la conoce, se saben sus amantes y dónde los ve. Es la "Pan y queso". Todos en Lisboa se lo llaman... la "Pan y queso".

—La vecindad, la vecindad es lo peor,—murmuró Sebastián.

—¡Y la de esta calle! No puedes figurarte qué chismosa, qué enredadora.

Era un horror aquella calle. Pequeña, estrecha, amontonadas unas casas sobre otras. Una vecindad ávida de enredos. Cualquiera bagatela, el rodar de un coche bastaba para que la gente saliese á las ventanas.

—Es el diablo,—murmuró Sebastián.

—Y Luisa es un ángel—decía Jorge paseando por el despacho.—Pero tiene cosas de criatura. No com-

prende el mal. Es muy buena y se deja arrastrar. En este café Leopoldina, por ejemplo, como han sido amigas de chiquillas, no tiene valor ahora para cerrarle las puertas. Yo comprendo que es falta de carácter, que es bondad, pero las leyes de la vida tienen sus exigencias.

Después de una pausa añadió:

—Por eso Sebastián, mientras yo esté fuera; advierte á Luisa, si sabes que Leopoldina vuelve á casa. Luisa es así, se olvida, no reflexiona. Es necesario alguien que le advierta, que le diga: Alto ahí, eso no puede ser. Porque entonces reflexiona y es la primera en reconocer las cosas... Tu vas á hacerme el favor de venir á menudo por aquí. Si ves aparecer á Leopoldina, adviertes á Luisa. Ella sintiéndose apoyada tiene decisión. De otra manera se acoquina y se deja llevar. Sufre con eso, pero no tiene valor para decirle: No quiero verte. Luisa no tiene valor para nada: le comienzan á temblar las manos, se le seca la boca... Es mujer, demasiado mujer... No te olvides, Sebastián, es un favor que espero de ti.

—¿Cómo he de olvidarme, hombre?

Oyóse el piano en la sala y la voz de Luisa, fresca y clara, cantando la *Mandolinata*.

*Amici, la notte é bella,
la luna va spontari...*

—Siento tener que dejarla. La pobrecilla queda tan sola —murmuró Jorge.

Dió algunos pasos por el escritorio, fumando, con la cabeza inclinada sobre el pecho:

—Todo matrimonio bien organizado, querido Sebastián, debía tener dos hijos. ¡Debía tener por lo menos uno!

Sebastián se acarició la barba en silencio. La voz de Luisa, elevándose con cierto esfuerzo en las notas altas de la melodía, cantaba:

*Di cá, di lá, per la città
audiami á transnottari...*

Era una tristeza secreta de Jorge no tener un hijo. ¡Lo deseaba tanto! Todavía soltero, en vísperas de su casamiento, ya soñaba con aquella felicidad: ¡Su hijo! Lo veía de muy varias maneras: o andando a gatas con sus piernecitas bermejas llenas de roscas y los cabellos rizados, finos, como hilos de seda; o ya muchacho saliendo de la escuela con los libros bajo el brazo, con el rostro alegre, corriendo a mostrarle sus notas; o todavía mejor: una niña blanca y rubia, con dos largas trenzas, viniendo hacia él sonriente, con los brazos abiertos, a posarle las manos en sus cabellos, ya grises...

A veces sentía miedo de morir sin haber gustado aquella felicidad.

Sebastián y Jorge guardaban silencio. En la sala la voz aguda de Ernesto peyoraba. Después de un momento, Luisa volvió a comenzar la *Mandolinata* con un brío jovial.

La puerta del despacho se abrió para dar paso a Julián:

—¿Qué están ustedes conspirando? Vengo a decirles adiós. Me voy, que ya es tarde. Hasta la vuelta, Jorge. De buena gana me iría contigo a respirar aires puros y ver campos... pero...

Sonrió con amargura.

—Adiós, adiós.

Jorge salió a alumbrarle hasta el descanso de la escalera.

—Si quieres alguna cosa del Alentejo...

Julián se puso el sombrero.

—Nada, que lleves buen viaje. Dame un cigarro por despedida. Mejor será que me des dos.

—Llévate la caja. Yo cuando viajo sólo fumo en pipa. ¡Llévate la caja, hombre!

Entró en el despacho y volvió con ella envuelta en un *Diario de Noticias*. Julián metióse la bajo el brazo y descendió las escaleras. Desde abajo gritó:

—A ver si descubres una mina de oro.

Jorge y Sebastián entraron en la sala. Ernesto, de pie, á un lado del piano se retorció el bigote. Luisa preludiaba un vals de Strauss.

Jorge exclamó riendo y extendiendo los brazos.

—Doña Felicidad, un vals.

Ella se volvió plácidamente. ¿Y porqué no? Cuando muchacha bailaba como una peonza. Luego recordó que había tenido el honor de valsar con el Infante don Fernando, allá en tiempo de la Regencia, en un baile dado en el Palacio de las Necesidades. ¡Era un lindo vals de aquella época! *La perla de Ofir*.

Doña Felicidad hallábase sentada al lado del Consejero y como reanudando una conversación anterior y más de su agrado murmuró en voz baja, mirando á su vecino:

—Créame le hallo un aspecto de salud como nunca.

El Consejero doblaba lentamente su moquero de seda de India.

—En llegando el verano me hallo siempre mejor. ¿Y á usted que tal le sienta el verano, doña Felicidad?

—Es cuando me hallo mejor. Muy buenas digestiones, muy libre de gases... ¡Me siento otra!

El Consejero sonrió.

—¡Si que se le conoce doña Felicidad, si que se le conoce!

Tosió é iba á levantarse pero doña Felicidad le detuvo con un gesto al mismo tiempo que le decía:

—Espero que ese interés será verdadero...

Enrojeció. El corpiño flácido de su vestido de seda negro se hinchaba con el afanoso palpitar de su pecho.

El Consejero la miró gravemente y con las manos sobre las rodillas murmuró:

—Doña Felicidad, sabe que tiene en mí un amigo sincero...

La jamona levantó hacia él sus ojos apagados de donde salían revelaciones de pasión y súplicas de amor:

—Y usted tiene en mí, señor Consejero...

Dió un gran suspiro y abrió el abanico sobre el rostro. El Consejero se puso en pie muy secamente.

Con la cabeza alta y las manos apoyadas en la espalda se acercó al piano y preguntó á Luisa.

—¿Es alguna canción del Tirol, señora?

—Un vals de Strauss—murmuró Ernesto al oído del caballero.

—¡Ah! ¡muy famoso compositor! ¡Muy famoso!

Sacó el reloj y miró la hora frunciendo las cejas. Tenía necesidad de retirarse para coordinar algunas notas. Andando con solemnidad, se acercó á Jorge:

—Querido amigo, adiós. Régimen, mucho régimen en ese Alentejo. El clima es nocivo y la estación traidora.

Después, le abrazó conmovido. Doña Felicidad en tanto se ponía su mantilla de randa.

—¿Usted también se vá, doña Felicidad?—dijo Luisa.

Ella le explicó al oído: sí, hija, me siento un poco

mal; he comido demasiado... ¡Luego, ese hombre, ese hielo!

Luisa tuvo que morderse los labios para no reirse.

—Ernesto, si usted va para su casa, llevamos el mismo camino.

—Sí, señora.

Se puso el paletó resoplando; apretada entre los dientes la boquilla, una larga boquilla, donde una mujer desnuda se retorció sobre el lomo de un león domado.

—Adiós, primo, salud y dinero. ¡Adiós! Para la representación de «Honra y pasión» ya la mandaré un palco a Luisa.

Iba a salir, pero el Consejero ocupaba completamente la puerta. Habíase vuelto y con la mano pomposamente apoyada en el puño de su bastón esperaba que se hiciese el silencio para hablar.

—Jorge, me olvidaba. Lo mismo en Evora que en Beja visite a los gobernadores civiles. Yo le diré por qué: esa visita se la debe como primeros funcionarios, y además, porque pueden serle muy útiles en sus peregrinaciones científicas.

Inclinándose profundamente, añadió:

—*Al rivedere*, como se dice en Italia.

Sebastián permaneció todavía algún tiempo haciendo tertulia á sus amigos. Luisa, para hacer desaparecer el humo del tabaco, abrió las ventanas. La noche estaba templada y serena. Una hermosa noche de luna.

Sebastián habíase sentado al piano y con la cabeza inclinada, dejó deslizar sus dedos por el teclado. Tocaba admirablemente con una comprensión muy fina de la música. Había compuesto una *Meditación*, dos valsos y una balada; pero eran estudios muy trabajados, llenos de reminiscencias y sin ninguna personalidad.

—De mi caletre, no sale nada,— solía decir el buen Sebastián dándose con la mano en la cabeza y sonriente;—pero de las manos ya es otra cosa.

Empezó á tocar un *Nocturno*, de Chopin. Jorge se sentó en el sofá al lado de Luisa.

—Ya tienes preparada tu merienda,—le dijo en voz baja su mujer.

—¿Para qué has andado con eso? Con unas galletas y un frasco de cognac, me hubiera bastado.

—¿No te olvidarás de telegrafíarme en cuanto llegues?

—No, mujer.

—¿Tú estarás de vuelta antes de quince días?

—Creo que sí.

Ella hizo un gracioso gesto de enfado.

—¡Mira que si no vienes, voy á buscarte! La culpa será tuya.

Luego, mirando en derredor, añadió:

—¡Qué sola voy á quedar en esta casa!

Se mordió los labios y quedó mirando la alfombra. De repente con la voz todavía triste, murmuró:

—Sebastián, ¿quiere usted tocar unas malagueñas? ¿Hace el favor?

Sebastián preludió unas malagueñas. Aquella melodía cálida y lenta encantaba á Luisa. Le parecía estar en Málaga ó en Granada. Con certeza no sabía dónde. Era al pie de los naranjos, en una noche tibia y llena de aromas; las estrellas lucían en un cielo azul. A la luz de un farol, colgado de un árbol, *el cantaor*, sentado á la morisca, rasgueaba la guitarra, mientras en torno suyo, mujeres con corpiños rojos, palmeaban, llevando la cadencia.

En torno, reposa una Andalucía de novela y de zarzuela, ardiente y sensual, donde todos son brazos blancos que se abren para el amor, capas románticas que rozan las paredes, callejuelas sombrías donde brilla una lámpara ante la hornacina de un santo y se rasguea la guitarra, mientras pasan en la sombra con reposado andar los serenos que invocan á la Santísima Virgen, cantando las horas...

—¡Muy bien, Sebastián! Muchas gracias.

Sebastián, sonrió al mismo tiempo que cerraba el piano.

Fué á buscar su sombrero de anchas alas y dándole vueltas entre las manos se despidió:

—Vaya, buenas noches. Hasta mañana á las siete.

Vendré á despertarte, Jorge, y te acompañaré hasta el Barreiro.

—¡Excelente, Sebastián!

Jorge y Luisa se asomaron al balcón para verle salir. El silencio de la noche, difundía una plácida melancolía. El gas de los faroles, parecía moribundo. La sombra, que cortaba la calle con una línea recta y dura, tenía una tonalidad caliente. La luz arrojaba sobre las fachadas blancas una viva claridad y destellaba en el empedrado de la calle. Los cristales de una claraboya, relucían á lo lejos como una vieja lámpara de plata. Todo aparecía inmóvil. Instintivamente los ojos alzábanse á la altura, buscando la luna serena y blanca.

—¡Qué hermosa noche!

Sintióse el golpe de la puerta, y la voz de Sebastián que hablaba desde la acera.

—Da gana de dar un paseo, ¿verdad?

—Sí, por cierto.

Jorge y Luisa continuaron en el balcón como emperzados por la tranquilidad de la noche y el resplandor de la luna. Comenzaron á hablar del viaje en voz baja. A aquella misma hora, ¿dónde estaría él mañana? Ya en Evora tal vez: en alguna sala triste de posada, paseando aburrido y solo sobre un pavimento de ladrillos. Pero volvería pronto. Jorge tenía esperanza de hacer gran negocio con Paco, aquel español que explotaba las minas de Portel, ganando algunos millares de reis, y entonces, podría procurarse algún descanso en el mes de Septiembre. Hacer un viaje al norte, á Porto, industriosa ciudad; después pasar á Bussaco, subir á las montañas, beber el agua fresca de los manantiales, nacida en una roca, bajo la fresca espesura de los árboles; visitar la playa famosa de Espinho, sentarse

sobre la arena, respirando un aire puro impregnado de ázoe; contemplando la mar azulada, con ese color metálico y brillante del gran Océano en el estío, apercibiendo á lo lejos, microscópico, un gran vapor navegando hacia el sur. Y el uno y el otro seguían formando proyectos, envueltos en una atmósfera de dicha inmensa.

Jorge dijo:

—Si hubiera un chiquitín en casa no te quedarías tan sola.

Luisa suspiró. Ella también lo deseaba con toda su alma. Se llamaría Carlos Eduardo. Veíale dormido en su cuna, desnudo, cogiendo con su manita los dedos de su pie, bebiendo la vida en la punta rosada de su pecho... Un estremecimiento de infinito deleite recorrió su cuerpo y pasó un brazo sobre el hombro de Jorge. ¿Por qué algún día no había de tener uno? Seguramente lo tendrían. Pero ella no podía imaginarse á su hijo ya hombre y á Jorge viejo; veíalos siempre en el mismo estado; el uno amante, joven, fuerte; el otro sonriente pendiendo de su seno, corriendo á gatas y balbuceando. Esta existencia de una dulzura igual henchida de un mismo enternecimiento amoroso, reposada, tibia y luminosa como aquella noche, sé le antojaba que debía ser eterna.

—¿A qué hora quiere la señora que la despierte?
—dijo la voz áspera de Juliana.

Luisa se volvió.

—A las siete; ya se lo he dicho á usted hace un momento.

Cerraron el balcón. En torno de la luz revoloteaba una mariposa blanca. Era un augurio feliz.

Jorge abrazó á su mujer.

—¿Conque vas á quedarte viuda?—dijo tristemente.

Luisa dejó pesar su cuerpo sobre las manos cruzadas de su marido. Le miró con una larga mirada que se nublaba y obscurecía y rodeándole el cuello con el abrazo lento, armonioso y solemne de sus brazos, le puso en la boca un beso grave y profundo. Al mismo tiempo un vago sollozo levantaba su pecho.

—¡Jorge querido.